



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 12 DE JUNIO DE 2022

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

Sobre héroes y fantasmas

CAMINÉ DE LUVINA A COMALA
OLGA DE LEÓN G.

Dos días seguidos sin agua en casa, en el barrio, quizás en todo el sector sur o, en un descuido muy bien cuidado, en toda la ciudad. La reabrieron un día a la una de la madrugada, y solo la dejaron abierta durante unas horas, hasta las ocho de la mañana. Así se expresaba la vecina, a punto de un colapso nervioso... bastaba con mirar sus ojos.

"Contuve a fuerza de determinación y voluntad mi sueño de muchos meses de desvelos por enfermedad de mi esposo y preocupaciones mías", continuó refiriendo la mujer: ...y me dispuse -a esa hora- a lavar los platos y demás enseres propios de la cocina; limpiar lo que se había ensuciado durante desayuno, comida y cena. Y, obviamente, asear los baños, amén de juntar agua por todos lados y en cuanto depósito tenía. Me dormí después de las tres.

Realmente lucía cansada, mi pobrecita vecina, y se la veía muy desesperada. Ya no eran unas horas sin agua, sino dos días consecutivos. ¿A qué hora pondré lavadora?, me sigue diciendo, ¿Y, si cortan el agua a medio proceso...? ¿Quién pagará la compostura de mi máquina si esta es afectada por los cortes del agua?

Esta no es una historia única. Esto es el pan de cada día desde hace mucho.

Y hay historias peores o más tristes. Que arrancan rabia y lágrimas oscuras no por manchas del rimel que cae de las pestañas, sino de la mugre acumulada entre frente, párpados y mejillas, que como perlas sin precio se desvanecen en su recorrido, y solo queda de ellas la amargura en el pecho del impotente, del que nada puede hacer frente a los que, subidos en un ladrillito, se sienten grandes, y gobiernan cual despotas, sin saber lo que eso quiere decir ni que ellos, sin lugar a dudas, lo son.

Al día siguiente, como si los males bajo el techo que me habita fueran pocos, el servicio del teléfono de casa fue suspendido, sí, adivinaste amiga, me dice la vecina: por "exceso de pago". Mal dormida, sin desayunar y sin bañarme en dos días (y, ¡con más de cuarenta grados centígrados a la sombra!), tenía que ir a hacer el pago.

Aunado todo a la preocupación de dejar a mi enfermo solo, rogándole a diosito que nada le pasara en ese inter de mi ausencia, como: un resbalón al ir al baño, o un mal sueño que lo impeliera a salir por la puerta del frente... en fin, mis angustias eran muchas; pero tenía que salir, nadie más había para hacer el pago retrasado.

Me estaciono, bajo y entro al cajero, marco el número de casa y le doy a pagar. Pago, tomo el recibo y entro a la oficina -no había clientes- para preguntar qué era la otra cantidad... Ni siete minutos me llevó hacer ambas cosas. Salgo, me subo a mi carro y en llegando a donde se mete la tarjeta del estacionamiento, esta es rechazada sin ningún aviso, lo reintento de las otras tres formas... Nada. Tras eso, hablo por el interfono, un empleado



me dice que ese no es mi ticket... que me espere, mandará un empleado...

A cuarenta y tres grados centígrados a las cuatro de la tarde, esperé casi diez minutos para que el empleado llegara y jugara con otro ticket, diciéndole al otro por su comunicador que también se lo regresaba. Trece minutos después de que solicitó ayuda, el tipo me dice que debo pagarle seis pesos, molesta porque no tenía por qué pagar nada, saco siete pesos del cenicero del auto, y se los doy... Espéreme, me dice, tengo que ir a pagar al Vips.

Mientras estoicamente aguantaba los más de cuarenta centígrados sobre mi piel sudando a chorros y con el rostro encendido como volcán a punto de estallar, o granada que se ha abierto y muestra el rojo de su escarlata carnosidad, solo espero.

Otro joven distinto al que se fue con los siete pesos, regresa, y me increpa: "debe pagar veinte pesos: ya se pasó del límite".

Caí en colapso, impotente ante la injusticia. Primero, reí a carcajada abierta; luego, comencé a gritarle y exigirle que levantara esa pluma o no me importaría arruinar mi coche, porque lo lanzaría contra esa barrera y me iría sin pagarle a su compañía, más de los siete pesos que ya me habían robado.

Hice sonar el claxon. En mi rostro se confundían lágrimas amargas cargadas de ira con la cascada de sudor. El empleado, simple y llanamente apretó un botón. Pude irme.

Me sentí personaje ciudadano de Rulfo, un fantasma de Luvina que camina hacia Comala.

LOS CAMINOS DE LOS HÉROES SOLOS
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Tocó a la puerta y el inquilino abrió, encontrando a un hombre de entradas en la cabeza y cabello lacio, vistiendo pantalones negros de algodón y camisa abotonada, a cuadros de rayas rojas y azules, y mangas largas. El hombre ingresó directo a la cocina y preguntó inmediatamente: "¿Dónde está el piano?". El inquilino lo guio a la sala y

luego a través de una puerta de madera, que dividía la sala en dos. En el pedazo pequeño se encontraba el piano negro, vertical, pegado a la pared de madera que dividía el espacio de sala. "¿Puedo quitar estos adornos?", preguntó el afinador. El inquilino pidió que le fuera pasando las cosas y las colocó sobre una mesa cercana. "Este piano ya lo había afinado", dijo el hombre. "Es correcto. Yo vivía en la calle de Puebla". "¿Son las mismas perritas?" Y el inquilino asintió. No quiso decir más. Había conocido al afinador un día que viajaba en microbús por Circuito Interior y vio su negocio. Descendió y preguntó por él. No lo encontró, solo a sus asistentes, quienes le dieron su número de celular. Le marcó, porque el inquilino se había mudado recientemente de la calle de Puebla, a un lugar cercano, y en la mudanza, el piano se había desafinado. Dos meses después, se conocieron. El negocio de afinación y reparación de pianos era muy demandante. No había citas antes de ese lapso. Además, la empresa rentaba instrumentos de cascarrón para telenovelas y eventos de estrellas pop emergentes, en centros comerciales, en los que se interpretaba haciendo "playback". Todo eso le permitía al afinador contar con el dinero para rentar mil metros cuadrados para su negocio.

"¿Quiere un té con cafeína?", preguntó el inquilino, y continuó: "recordará que nunca tengo café". "Por favor", respondió el afinador, y abrió su maletín y extrajo de la caja de herramientas, el diapason. Tocó una tecla. "Está medio tono abajo", le dijo al dueño del instrumento.

Luego extrajo la llave de afinación, la colocó sobre una clavija y comenzó a tensar la cuerda con la mano derecha mientras seguía tocando con la otra. Había cierta resignación al fondo de cada vuelta de clavija, y en cada respiración del inquilino, quien observaba al afinador hacer su trabajo, sentado desde un sillón individual café, a tres metros del piano.

Recordó cómo, hacía dos años, había quedado en él un deseo insatisfecho

cuando se conocieron en el departamento de la calle de Puebla. En aquel entonces, el afinador le comentó sobre los pianos que afinaba: de gente famosa, pianistas que daban recitales en Bellas Artes, jazzistas que tocaban con orquestas, reconocidos maestros particulares de piano, y también en el Conservatorio Nacional. Así es que, cuando el afinador le preguntó al inquilino: "¿Dónde toca?", no le quedó de otra más que decir: "Aquí, en mi casa". Hubiera deseado decirle que, al menos, practicaba con alguien, pero ni eso. En realidad, ni siquiera él tocaba ese instrumento, sino que más bien era aprendiz de trompeta, y el piano lo tocaba su esposa, quien llevaba un año estudiando y ya comenzaba a fastidiarle.

A las semanas de ese primer encuentro en la calle de Puebla, dos años antes, la frustración llevó al inquilino a practicar el piano. Efectivamente lo había tocado en su juventud, muchos años atrás, pero ahora lo tenía olvidado. ¿A qué hora podía estudiar? A las diez de la noche, regresando del trabajo ¡Y con el cansancio! Buscó otro empleo. Lo siguió. Salía a las cinco treinta de la tarde y a las seis se encontraba en casa ejercitando los dedos. Le compró una batería a su mujer y la inscribió en clases particulares. Al año y medio estaban tocando el jazz rudimentario, pero satisfactorio para quien la música es hobby apasionante.

Luego vino el cambio de departamento. Poco después de que se quedara solo. La mujer falleció de un cáncer que no fue otra cosa más que un rayo fulminante para ambos. Él, por su parte, durante sus últimos meses en la calle de Puebla, evadía el duelo y simulaba que disfrutaba de su nueva libertad a través de la bebida. Dejó el trabajo y sus ahorros se destilaban diariamente en el resumiendo.

Y ahora, más recuperado, en el pedazo de departamento que compartía con otro hombre, no muy lejos de la calle de Puebla, escuchó la voz del afinador: "¿Sigue tocando el piano solo?".

El inquilino, pensativo, dio un sorbo de su propia taza de té y dijo: "hay caminos que deben transitarse solos".



Karl Kraus

Periodista, ensayista, poeta y dramaturgo austriaco nacido en Jicin, Bohemia.

Noveno hijo de una familia numerosa, su padre era fabricante de papel y su madre médico.

A los tres años su familia se mudó a Viena. En 1891 dirige su primera obra teatral y en 1899 edita el diario satírico Die Fackel (La Antorcha), que hasta 1935 aparecerán novecientos números.

Die Fackel forma parte de la historia de Viena, de Austria y de Europa, pero también de nuestro presente.

En 1906 publica sus primeros aforismos con la participación de Albert Ehrenstein, Karl Hauer, Otto Soyka y Berthold Viertel entre otros; en 1916 su primera colección de poemas Worte in Versen I, y en 1919 una colección de ensayos en contra de la guerra.

Su obras más famosas son Los Últimos Días de la Humanidad (1919), La tercera noche de Walpurgis (1933) y Los forros de la vida. Karl Kraus es ampliamente reconocido como uno de los más talentosos e influyentes escritores satíricos del siglo XX.

La clave de su obra es su amor al lenguaje, y su desden por aquellos que abusan de él. Nadie como Kraus ha sido tan claro precursor de la visión crítica de la barbarie moderna, de sus medios de comunicación, de su lenguaje y de su estupidez.

Y esa es la razón de que, desde nuestro particular final de siglo, valga la pena recordar, tomando a Kraus como epítome de la crisis de la conciencia europea, la escena literaria y cultural de la Viena de fin de siglo, ciudad en la que vivió casi toda su vida. Murió en 1936 tras complicaciones por un accidente con un ciclista

Javier García-Galiano

Bloomsday

El rastro de los diversos hombres que conformaron al hombre que no pocos conocemos como Eduardo Lizalde puede parecer inverosímil. Fue, entre otros, como lo reconocía, como su camarada José Revueltas, un "revolucionario disidente o cuando menos marxista (...). Expulsado y excomulgado de los partidos y grupos comunistas mexicanos en funciones". Fue un ajedrecista obsesivo.

Vicente Leñero convirtió en origen de una obra de teatro una de sus partidas consuetudinarias con Juan José Arreola hablando de Rulfo. Su errancia literaria lo indujo a escribir un libro peculiar: Autobiografía de un fracaso y derivó en una prosa reveladora reunida en Almanaque de cuentos y ficciones (1955-2005), una novela memoriosa: Siglo de un día, y una poesía que no dejó de crearse creando formas íntimas de la palabra a veces coloquiales como en El tigre en la casa, La zorra enferma, Tabernarios y eróticos, Otros tigres, a veces rastreando sus orígenes como en Cada cosa es Babel, a veces indagando rigurosamente en él como en Algaida. Escribió telenovelas históricas con Miguel Sabido, como La tormenta. Fue director de la Biblioteca México José Vasconcelos y esencialmente fue un melómano compul-

sivo.

Algo de la fascinación por la música que no dejaba de cultivar propició que se convirtiera en director de la Ópera de Bellas Artes, que hiciera programas de radio y televisión, en Opus 94, en el Canal 22 y TVUNAM, algunos de ellos con Ernesto de la Peña incitados por Ernesto Velázquez, en textos y reseñas publicados en periódicos y revistas, algunos de los cuales se reunieron en el libro La ópera hoy, la ópera ayer, la ópera siempre y en otro que confesaba que no terminaba de escribir sobre James Joyce y la música.

"James Joyce quería ser Caruso. Y sólo sus más enfermizos estudiosos saben hasta qué punto no es una figura literaria. Joyce no aspiraba simplemente a cantar bien, sino a ser el mismísimo Orfeo (cosa que consiguió con asombrosa tesitura en otros dominios). La pasión de la música y del canto, del arte vocal principalmente, lo excitó, lo abrumó, lo enfureció y lo fascinó toda su vida", escribió Eduardo Lizalde que confesaba que cuando empezaba a ser adolescente se había propuesto ser como Titta Ruffo. Por eso, Lizalde estudió canto con Agustín Beltrán, "que impartía la cátedra en los últimos años de la déca-



da de los 40 en la Escuela Superior Nocturna de Música (calle de Academia)" y "había militado en el equipo de célebres barítonos como Girardini, y había recibido cursos en la cátedra a la que asistía Titta Ruffo en los últimos años del siglo XIX, probablemente con el maestro Lelio Casini".

Como Joyce, como Lizalde, también Salvador Elizondo reconocía que "sin duda su vocación más intensa y también más minuciosamente cultivada en el fondo secreto de sus sueños de gloria fue la de ser cantante de ópera". Carmen de Bizet le permitía conjuntarla con otra de

sus "vocaciones frustradas": la de torero.

Tampoco Elizondo ocultaba su devoción por Joyce. Era su lector perpetuo, escribió sobre él con naturalidad, tradujo la primera página de Finnegans Wake como una provocación, el 16 de junio celebraba Bloomsday con Guinness Stout y whiskey Bushmills en su casa en Coyoacán con la complicidad gastronómica de Paulina Lavista.

Algunas veces con Eduardo Lizalde, que murió el último miércoles de mayo. Inexorablemente, la conversación devino canto.

ad pédem literae

La justicia no espera ningún premio. Se la acepta por ella misma. Y de igual manera son todas las virtudes

Cicerón

Letras de
buen humor

El jurado está compuesto por doce personas elegidas para decidir quien tiene el mejor abogado

Robert Frost